

decisiones. Este poder se puede manifestar en todos los aspectos de la vida humana: físico (corporal), intelectual, afectivo, material, social y espiritual.

3. Que sea **sexuado**: padre o madre, hombre o mujer, para favorecer la identificación sexual positiva del hijo o hija.

4. **Capaz de intercambio**: concretada en el vivir juntos como pareja.

5. **Realista**: consciente de que no todo se aprende en la familia.

6. **Responsable**: ante la muerte, ante el compromiso religioso, a la hora de tener el coraje de arriesgar frente a la necesidad de buscar seguridades, para compartir sueños e ilusiones en familia.

Me parece ilustrativo terminar este comentario con unas palabras del propio autor que resumen el ideal de familia que va exponiendo a lo largo del libro y que aquí yo he tratado de sintetizar: “en la familia ideal hay adultos que son abiertamente ellos mismos, manifiestan su poder, revelan claramente su sexualidad, se guían de su sentido común, son realistas, responsables y, por su comprensión, su gentileza y su afecto, ofrecen la posibilidad y voluntad de cambiar” (p. 23).

A pesar de este ideal de familia, el autor es consciente desde su planteamiento cristiano de los límites que toda realidad humana encierra y por eso acaba afirmando que “más allá de la familia humana, cada hijo pertenece también a la familia de Dios” (p. 45).

En conclusión, el interés específico del libro reside, sin duda, en su propósito de explicar de manera sintética en qué

consiste esencialmente la tarea educativa de los padres hacia los hijos, cómo se concreta y qué exigencias reclama. El lector no encontrará una sistematización exhaustiva propia de una obra de mayor amplitud, pero algunas de las aportaciones de este libro sí pueden servirle a modo de orientaciones para poder afrontar la práctica educativa desde la familia. Por otro lado, el libro resultará de interés general para aquellas personas que por motivos o bien profesionales o bien vivenciales mantengan contacto con la educación familiar. Así pues, padres, educadores, personas interesadas por los problemas que atraviesa hoy la familia, pueden encontrar en sus páginas algunas ideas sugerentes que les sirvan para responder a sus inquietudes.■

CARMEN URPI

Rd005

Sociología de la familia y de la sexualidad

José Pérez Adán y
Javier Ros Codoñer
EDICEP C.B., Colección Textos
Universitarios, Valencia, 2003, 178 pp.

Encontrar un consenso acerca de la Sociología y sobre el método sociológico no es tarea sencilla. Desde que se instala en la ciencia moderna la distinción entre juicios de hecho y juicios de

valor, la polémica ha estado servida y la Sociología no está exenta de esa influencia.

Hay una corriente muy instalada dentro del pensamiento sociológico que aboga por su carácter científico del mismo modo que lo hacen las ciencias naturales. Y a nadie cabe duda del carácter científico de la Sociología. Pero de ahí a apostar por el positivismo, dejando fuera los juicios de valor, como forma de hacer ciencia, me parece que es un fuerte atentado a esta ciencia.

A este propósito resultan significativas unas palabras de Anthony Giddens, publicadas en un libro suyo titulado *En defensa de la Sociología* (2000), en las que señala con acierto que “la ciencia social no tiene una relación neutral con el mundo social, como un instrumento de cambio tecnológico” (p. 34).

Y, efectivamente, así parece. Si el objeto propio de la Sociología es la acción social, desvincular la acción de quien es sujeto de la acción es renunciar a comprender la acción. Y en esta perspectiva el positivismo tiene poco que hacer. Sólo una comprensión unitaria de la persona en su ser social hace factible el progreso y desarrollo de la Sociología.

Este es a mi modo de ver lo que tratan de resaltar los autores de esta obra. Así lo señalan expresamente en el prólogo: “la experiencia de la sabiduría científica es una experiencia unitaria” (p. 7).

Y ese saber unitario ha de armonizar la comprensión de la acción social desde la perspectiva espiritual y material de la que la

dota el ser humano. El atrevimiento de estos autores, poco frecuente pero necesario, se refleja claramente en otra afirmación que vertebra los temas que serán tratados: “la fe y la vida son aspectos del mismo saber, son ciencia que nos descubre lo humano a nosotros mismos, dándonos la posibilidad de conocer más, de comprender mejor, y, en definitiva, de crecer” (p. 7).

Mucho se habla y se escribe hoy día de interdisciplinariedad. Teórica y prácticamente existe el convencimiento de que compartimentalizar las ciencias, fragmentar el saber, no sea quizás el camino más adecuado para encontrar sentido a lo que hacemos. Otra cosa es que se intente. Y en este libro se hace sin reparos. Cualquier lector verá cómo a lo largo de estas páginas muchos de los temas actuales que se abordan adquieren una nueva dimensión, precisamente porque se abordan con un criterio básico: se parte de la unidad de la persona. Y ahí no cabe mantener esa distinción entre juicios de hecho y juicios de valor. No cabe postular por una neutralidad fría que es la razón de ser del sinsentido.

Junto a esta precisión metodológica, el libro está escrito con un gran sentido pedagógico. Quienes se enfrentan a estas páginas acaban siendo protagonistas. Y su protagonismo se desvela al final de cada capítulo al ser interpelados con unas cuestiones para la reflexión que tienen que ver directamente con lo leído.

La razón de ser de este modo de proceder pedagógico se debe fundamentalmente a que el libro está dirigido “a estudiantes universitarios que cursan asignaturas de sociología de la familia, de la sexualidad, o materias de análisis de la vida cotidiana y de la cultura contemporánea” (p. 7). Sin embargo, los autores de este libro han logrado, a mi juicio, ir más allá. Por su interés, por su temática y por su metodología, está abierto a todo aquel que verdaderamente está interesado por las cuestiones sociales. Para aquellos que han decidido no quedarse en su individualidad y deciden no sólo existir sino coexistir.■

ALFREDO RODRÍGUEZ SEDANO

Re005

La infancia de la inmigración

Carola Suárez-Orozco y
Marcelo M. Suárez-Orozco
Morata, Madrid, 2003, 291 pp.

Los autores de *La infancia de la inmigración* son dos profesores de psicología cultural y de antropología en la *Harvard Graduate School of Education*, que han centrado su trayectoria de investigadores en el estudio de la inmigración. En la presente obra se expone un estudio interdisciplinar sobre los niños inmigrantes de primera y segunda

generación que viven en los Estados Unidos. Concretamente, el interés de los autores se ha dirigido a analizar los factores que influyen en el proceso de *construcción* de la identidad de estos niños inmigrantes.

El libro es el resultado de un proyecto de investigación que comenzó en 1997 y que recoge los datos y conclusiones de los primeros años del estudio. Los autores se centran, sobre todo, en los niños que han nacido en el extranjero y que recientemente han llegado a los Estados Unidos, ya que “las experiencias de los recién llegados son, en cierto sentido, únicas y deben aislarse analíticamente de los problemas a los que se enfrentan las generaciones posteriores, nacidas en los EEUU” (p. 28).

Se compone de cinco capítulos; en los dos primeros se trata sobre las distintas experiencias de la inmigración (actuación de los inmigrantes, de los refugiados, los movimientos transnacionales, etc.); se reflexiona acerca de ciertos puntos asociados a la inmigración, como la delincuencia, el problema del indocumentado, la inmigración ilegal, la situación ambigua que vive el hijo de inmigrante nacido en el país de acogida, la cultura del multiculturalismo, etc. El tercer capítulo versa sobre algo más concreto, como son las experiencias psicosociales de los inmigrantes; las reunificaciones familiares, los roles familiares, el estrés que produce un cambio tan grande como es emigrar a un país diferente, y la adaptación y aprendizaje de las nuevas reglas